

PANORAMA INTERNACIONAL

EL DERECHO



HO A DISCREPAR

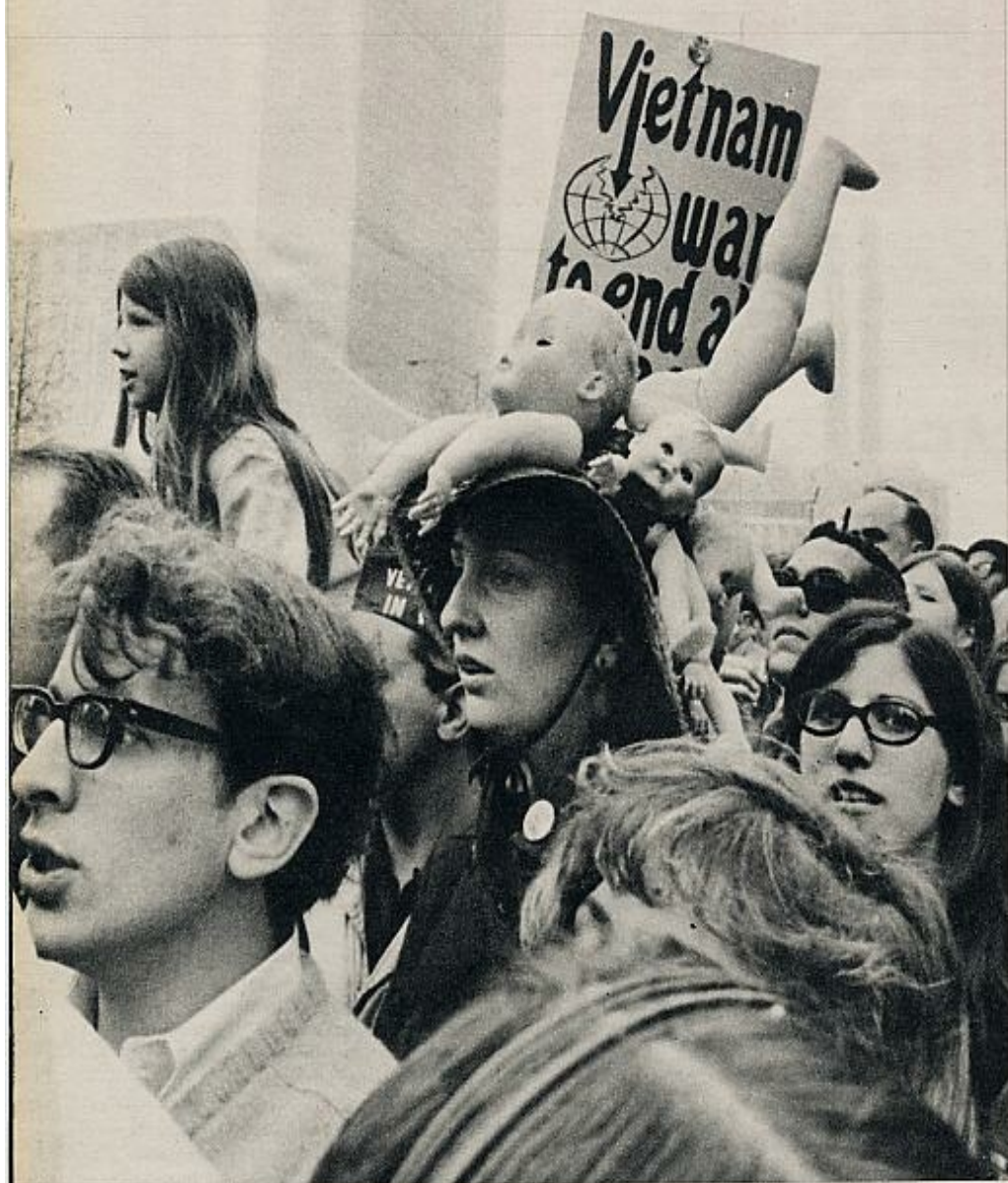
Por **EDUARDO HARO TECLEN**

DN estos días se multiplican dentro de los Estados Unidos las manifestaciones, los escritos, las reuniones públicas contra la guerra que el país está realizando en el Vietnam. El pueblo americano, la parte del pueblo americano que está disconforme, ejerce de esta forma uno de los derechos más discutidos y más difíciles de nuestros tiempos: el derecho a discrepar. Los últimos esfuerzos del Presidente Johnson —si encaramos en el Presidente Johnson la conjunción de fuerzas que insisten en la continuación de la guerra— se han hecho en el sentido de «nacionalizar» el conflicto; es decir, de olvidar sus móviles, sus circunstancias, sus razones, su fondo y convertirlo en una empresa nacional, importante para todo el país. Esta nacionalización del conflicto debía producir el reflejo antiguo y clásico de eliminar las discrepancias; de formar una sociedad cerrada, con todas las características de una sociedad en guerra, en la cual toda clase de intereses particulares o generales se subordinan al primordial de ganar la guerra. No lo ha conseguido.

En la manifestación del 15 de abril ante la ONU, integrada por unas doscientas mil personas —«jamás se había visto tanta gente reunida en Nueva York por una manifestación de protesta», escribe el corresponsal del «Figaro», Leo Sauvage— el pastor Martin Lutero King entregó al secretario general de la ONU —Ralph Bunche, el adjunto de U Thant que estaba de viaje— un escrito en el que se refutaba la tesis oficial de la Casa Blanca: «La inmoralidad de esta guerra —decía— reside en el hecho trágico de que ningún interés vital americano está en juego o en peligro». La frase es un poco ambigua, en el sentido de que no es el peligro de los intereses vitales americanos lo que determina lo moral o inmoral de una guerra, desde un superior punto de vista de la humanidad; pero está pensada precisamente para combatir la nueva idea johnsoniana de que la guerra defiende los intereses vitales americanos. Más certeras son otras frases del mismo escrito: «Reafirmamos nuestro apoyo a los principios de paz, de universalidad, de igualdad de derechos y de autodeterminación de los pueblos, principios contenidos en la Carta de las Naciones Unidas y deseados por el género humano, pero violados por los Estados Unidos». «Hacemos una guerra, aunque el conflicto podría ser perfectamente resuelto por medios pacíficos».

Desde lo alto, desde el poder, estas manifestaciones y todas las continuadas acciones de quienes impulsan la causa de la paz han sido ya juzgadas. Se anuncia que Edgar Hoover —director del F. B. I.— ha entregado a Johnson unas voluminosas carpetas de investigación policiaca acerca de los movimientos pro-paz. Su contenido está sin duda expresado en las duras palabras con que las condenó el secretario de Estado, Dean Rusk —que forma, con McNamara, secretario de Defensa, el «tandem» de los partidarios de la guerra a ultranza— en las que dijo que se trataban de maniobras «del comunismo internacional». Es un hecho sabido e innegable que el comunismo —internacional o no— milita decidi-

SIGUE



Doscientos mil neoyorquinos se manifestaron el 15 de abril ante la ONU. «Jamás se había visto tanta gente reunida en Nueva York por una manifestación de protesta», escribió Leo Sauvage, corresponsal de «Le Figaro».



damente en el campo de la pacificación del Vietnam, y sus órganos lo expresan abiertamente. No todo el comunismo. En China, por ejemplo, se ve con fruición cómo los americanos se hunden cada día más en la ciénaga vietnamita, y el famoso «pensamiento de Mao», expresado una y otra vez, consiste en creer que no hay que disuadir a Johnson de que continúe la agresión en el Vietnam, en que no hay que buscar fórmulas de paz intermedia, porque los Estados Unidos pueden perder en ella toda su fuerza capitalista, imperialista. Considerando los resultados obtenidos hasta ahora —aislamiento internacional, pérdida de la hegemonía en Europa, quebranto de la moneda, división en la retaguardia, necesidad de subordinar toda su economía a la guerra; y, al mismo tiempo, falta de progreso material, falta de victorias llamativas y aún de triunfos locales— puede pensarse que Mao tiene razón, desde su punto de vista. Por eso puede decirse, frente a Dean Rusk, que hay una parte del comunismo que, estratégicamente, no desea una retirada americana del Vietnam.

Pero sea cual sea la posición del comunismo y de los comunistas, el intento de confundir con esa ideología a todo aquel que dentro de los Estados Unidos y fuera de ellos considera que la guerra del Vietnam es injusta, que sus premisas son erróneas y que debe de concluirse rápidamente una paz que permita al pueblo vietnamita elegir por sí mismo su destino y su régimen, es una maniobra típica y antigua. Aplicada sin matices, englobaría a personajes como Pablo VI, De Gaulle o U Thant; y ciertamente muchas de las ligas de extrema derecha en Estados Unidos (y fuera de ellos) están empezando ya a considerar a esos personajes como «dudosos». Al acusar de comunistas a los manifestantes de Nueva York, de San Francisco o de Chicago, Dean Rusk y el F. B. I. no realizan un acto gratuito: están aludiendo a una ideología prohibida por las leyes, castigada por su sociedad; a una actitud mental frente a la que se alza la mística anticomunista creada por Estados Unidos desde el final de la II Guerra Mundial, sobre la que se ha edificado el dudoso y vacilante mundo de la posguerra. El filósofo de la historia, Arnold J. Toynbee —sobre quien no puede recaer ninguna sospecha de comunismo— explicaba recientemente el alcance de esa mística cuando un periodista le preguntaba cuál había sido el mayor daño causado por Estados Unidos a la civilización occidental. «Su actitud fanática con respecto al comunismo —respondía—. Esta es la vieja intolerancia de las guerras de religión de los siglos XVI y XVII resucitada. Lo que necesita el siglo XX es la tolerancia del siglo XVIII. Cuando los estudiantes se politizan —como ha comenzado a suceder en los colegios de los Estados Unidos— es un signo de que hay algo gravemente erróneo en su país. Pienso que esta creciente revuelta contra la guerra del Vietnam puede ser el primer síntoma de una próxima revuelta general en los Estados Unidos contra el «American way of life». Mi impresión es que este modo de vida es insatisfactorio, y que ha hecho de los americanos un pueblo desgraciado. Pronto o tarde, creo, habrá una fuerte reacción contra él en los americanos de todas las clases y edades» («Playboy», abril de 1967). Al acusar de comunismo las manifestaciones en favor de la paz, utilizando las carpetas del F. B. I., Dean Rusk:

EL DERECHO A DISCREPAR



Manifestaciones, escritos de protesta, reuniones públicas contra la guerra que el país está realizando en el Vietnam se multiplican estos días en Estados Unidos.

repite un antiguo esquema de lucha que ha sido válido durante los difíciles años pasados, merced al terror que despertaba la posibilidad de una tercera guerra mundial, y que ha dejado de serlo hoy, cuando la amenaza ha desaparecido, o está en vías de desaparición. En realidad, Rusk y Johnson no acusan directamente al comunismo, sino que tratan de combatir la discrepancia.

Esta discrepancia frente a una guerra conducida por su propio país no es nueva en los Estados Unidos. Tiene precedentes históricos, y muchos la consideran como su mejor tradición. Apareció en la guerra de Corea, pero también en las dos guerras mundiales. Se defendió hasta con heroísmo. El internamiento en campos de concentración de ciudadanos americanos de origen japonés durante la II Guerra Mundial fue considerado por muchos como «anticonstitucional». «En la II Guerra Mundial... los periódicos aceptaron voluntariamente la censura de las informaciones militares, pero no faltó la crítica política al gobierno y ningún partido de los nazis fue condenado por sus escritos. Los ciudadanos norteamericanos de origen japonés, radicados en las costas occidentales, fueron privados de la libertad de palabra al ser arrestados, por razones militares de valor dudoso, en lo que el ministro Roberts llamó "campos de concentración". Pero

por más injusta que haya sido su detención, no se restringió el debate público de esa medida. Existe actualmente una fuerte corriente de opinión que reclama la restricción de los derechos a la opinión de los comunistas, campaña —a lo que parece— dirigida no tanto contra los comunistas —que, como es sabido, actúan solapadamente— como contra los demócratas de izquierda que se manifiestan abiertamente. Y es posible que si el miedo a la Unión Soviética nos sigue obsesionando se llegue a violar nuevamente la Primera Enmienda». Esta situación, descrita hace quince años por William H. Riker («Democracia en los Estados Unidos», Editorial Guarania, México, 1953), ¿puede ahora reproducirse? ¿Puede apagarse la discrepancia en aras de un «interés superior»? «En nuestra nación, la libertad de disenter es absolutamente fundamental»: esto lo ha dicho McNamara. Pero Clayton Fritchey —que fue jefe de relaciones públicas del Pentágono, bajo el general Marshall, durante la guerra de Corea— dice: «El Presidente Johnson y su equipo político son ardientes partidarios de la libertad de palabra... Sin embargo, no son partidarios de que esa libertad se ejerza». Encuentro ambas frases citadas en un interesante libro de Arthur M. Schlesinger («Una amarga herencia: el Vietnam y la democracia americana», colección «Palabra

en el Tiempo», editorial Lumen, Barcelona 1967). Para Schlesinger, en dicho libro, un problema grave de la guerra del Vietnam es que llegue a destruir la democracia americana basada en la libertad de expresión. Sus últimas, ejemplares palabras, son éstas: «Sea cual fuere el resultado del debate nacional sobre el Vietnam, o de los debates que en el futuro ensombrecen nuestra historia, lo esencial es conservar la mutua confianza entre cuantos formamos el pueblo de Norteamérica. No olvidemos que aquellos que adoptan una postura opuesta a la nuestra —tanto si pretenden evacuar Saigón como si quieren bombardear Hanoi— pueden hacerlo impulsados por motivos patrióticos y honorables, y aunque estén equivocados, también pueden pretender la defensa de la paz y la libertad».

El derecho a discrepar se ejerce ahora en los Estados Unidos con fuerza, con heroísmo cívico. Resiste a todas las presiones, incluso a la del F. B. I. Quizá pueda resistirla solamente por aquello que decía Mill en su ensayo «On Liberty»: «Las persecuciones siempre han triunfado salvo cuando los herejes son un partido demasiado fuerte como para perseguirlo eficazmente».

E. H. T.
Fotos: CIFRA